

Dignísimas autoridades,
Colegas de esta Corporación Universitaria:

En estos momentos tengo dos sentimientos complementarios. Por una parte, el profundo agradecimiento a tantas personas que me han premiado con su trato durante estos nueve años. En primer lugar al Gran Canciller de la Universidad de Navarra, Monseñor Javier Echevarría, por la confianza mostrada siempre, su apoyo constante, y la paciencia con la que, con sus certeros consejos, ha paliado mis propuestas desatinadas.

Gratitud también a las autoridades navarras por la ayuda prestada a esta Universidad, y el afecto con que me han honrado -afecto al que he intentado corresponder con sinceridad-.

Sin embargo, mi agradecimiento más justamente debido se extiende a todos vosotros, miembros de nuestra Corporación Universitaria, que habéis sido unos excepcionales compañeros de camino. Para mí, éstos han sido unos años formidables, un verdadero regalo de Dios, porque vosotros me habéis prestado la fortaleza de vuestra unidad comprometida y sin queja alguna; habéis sido indulgentes ante mis errores no pocos; con vuestra laboriosidad ejemplar, me habéis estimulado a trabajar más y mejor; y, sobre todo, con vuestro afecto y lealtad, me habéis sostenido cuando lo he necesitado.

Por todo esto, comprenderéis que mi segundo sentimiento sea el de suplicar el perdón de todos por no haber sabido estar en ocasiones a la altura de las circunstancias. Y a quienes haya podido ofender por

cualquier causa, ruego la indulgencia del olvido, pues aseguro que en ningún caso tuve intención de agraviar.

Recordaréis que en los discursos de apertura acostumbraba proponer unas metas para ese curso. Evidentemente este año no lo haré. Pero permitidme que os haga una última petición: que todos, con mayor empeño si cabe, ayudemos a nuestro nuevo Rector en esta apasionante aventura que es hacer la Universidad de Navarra.

Muchas gracias.